EL HERMANO FRANCISCO

Y me senté a esperar en medio de este mundo
un jueves por la tarde a las cinco y veinticinco
a que pasara Dios a ver si respondía
a mis tontas preguntas de hombre introvertido.
Porque veréis, a veces tiendo a ponerme trágico.
Suele ocurrir por culpa de la tensión o cuando
me salpica de barro el coche de algún muerto.

Y me senté a esperar como se sienta un náufrago
o como cazador turbiamente al acecho.

Siempre tuve una fuerte inclinación innata
hacia la majestad impávida y sin alma
de las cumbres. No supo disminuirme a tiempo.

Con harina de estrellas hice mi pan amargo
(el médico seguía mandándome inyecciones,
jamón de York, ternera y un siglo de descanso.
y a fin de cuentas siempre tiene razón el médico,
no se puede vivir sólo de niebla, mas
¿quién no tuvo su lírica tentación del desierto?)

Y me senté a esperar un jueves por la tarde
y era todo tan grande que me tapaba el alma.

Aquel profeta dijo que Dios es de basalto
y no está traducido a un idioma de insectos.

Y yo—trágico imbécil—todavía intentaba
dar vueltas al enigma, mirar por el revés
hoja por hoja el vuelo del torvo calendario.

Y siempre era lo mismo: «La solución, mañana.»
Dieron las doce el viernes y seguía esperando.

Y entonces, ya cansado de tanta y tanta historia,
con la mirada estrábica de atalayar estrellas,
empecé a andar despacio por una senda mínima
que si mal no recuerdo no va a ninguna parte.

Todo cambió de pronto: era yo el que pasaba.
Aprendió la esperanza a caminar conmigo.
Dormí en un banco público mi borrachera cósmica
y la lombriz de tierra me dictó su mensaje.

El sábado a las nueve, ya suelto como un pájaro,
entendí la parábola de la aguja y el hilo
y entre las más menudas florecillas del musgo
creí ver la sonrisa del hermano Francisco.

Hacia las dieciocho y cuarenta minutos
llegó a mi alma el tren con que juegan los niños.
Y allí, echado en el suelo, sucio de tinta y polvo,
le estaba dando cuerda el hermano Francisco.

Tocaron retirada entre las nebulosas.
Envainó el Can Mayor su tremendo colmillo.
Y allí, con el sereno y con aquella chica
de la vida, rezaba el hermano Francisco.

Hasta que fué la hora de dar la mano al sol
y de sin más preguntas fiarse de un amigo.
El hermano Francisco respondía del mundo
y por el mundo. Entonces miré la hora: exacta-
mente las veinticinco en punto del domingo.

SALUSTIANO MASÓ